

dor de *The New International Encyclopedia*, *Warner's Library of the Best Literature*, *Ainslee's*, *Atlantic*, *The Ave María*, *The Bookman*, *The Century*, *The Cosmopolitan*, *The Critic*, *Current Literature*, *Everybody's*, *Haper's*, *The Independent*, *Lippincott's*, *The Messenger*, *Munsey's*, *The Reader*, *The Rosary*, *Scribner's*, *Smart Set* y *Theatre* (1). Ha estado nueve veces en España, dos en Italia y tres en Francia e Inglaterra. Es miembro de *The Georgetown Society of New York: Columbia University*. La dirección postal de Mr. Walsh es: 227, Clinton Street, Brooklyn, N. Y., Estados Unidos de América.

(Tomado de *The American Catholic Who's Who*. Compilado y editado por Georgina Pell Curtis. Impreso por la casa editorial B. Herder, 17, South Broadway, St. Louis, Mo., E. U. A.—1911, 710 páginas).

UN NUEVO ASPECTO DE DON JUAN

(ARTÍCULO ESCRITO EN INGLÉS, ESPECIALMENTE PARA LA "REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO" Y TRADUCIDO POR JOSÉ MARÍA RESTREPO MILLÁN, ALUMNO EXTERNO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DEL COLEGIO)

¿ Santo Don Juan ?—Pues sí, señor ; precisamente se piensa en la actualidad en introducir el proceso formal de su canonización. Se han acabado los ideales en esta época en que vivimos : ya nadie se acuerda de los dioses ; los héroes y las heroínas han quedado relegados a los cuentos de la niñeras ; y como, según parece, les toca ahora el turno a los calaveras de la historia y la leyenda, se piensa que ya no volveremos a preocuparnos con ellos ; como si el mundo y el demonio no fuesen buena parte a mantener erguido el pedestal de Don Juan en pleno siglo XX, en este sabio siglo que no quiere tener nada de santo perfecto, ni nada de perfecto pecador.

(1) No será ocioso advertir que no figura la REVISTA DEL ROSARIO entre los periódicos en que Mr. Walsh colabora, por no habernos él enviado aún el artículo que publicamos en seguida cuando se escribieron los anteriores datos biográficos—(N. DEL T.)

Si recorremos el paseo de las Delicias, en Sevilla, a la sombra de los plátanos, y a lo largo del bosquecillo y de los mármoles enmohecidos que orlan el Guadalquivir, el primer recuerdo que se nos vendrá a la mente será el de aquel galán sevillano, tan mimado hoy día por las letras y la música. Le veremos en aquella hermosa tarde en que, paseando por el mismo lugar donde estamos, vio en la otra orilla un individuo extraño a quien pidió burlonamente lumbre para encender el cigarro. Pasó Don Juan el río ayudado por una mano complaciente, y sin que se le erizase un solo cabello, se aprovechó de la amable condescendencia del desconocido; luégo, con la más elegante de sus reverencias, devolvió el cigarro a su dueño, quien, según se cree en Sevilla, era algún enviado del demonio.

Gran distancia hay del Don Juan de Tirso de Molina al "Hombre y Superhombre" de George Bernard Shaw; pero es de notarse que la Sevilla del siglo XVII encontró la aventura de pedir lumbre al demonio tan propia del tiempo, como los lectores modernos el hecho de que John Tanner éntre a España en automóvil. ¿Será cierto que Shaw faltó a la realidad cuando, al conducir a este último vástago de la familia de los Tenorios hacia Sevilla, en su moderno vehículo, le hizo pasar de largo por la casa que su ilustre antecesor construyó para refugio de los peregrinos, y cuya hospitalidad también le estaba abierta a él?

Es cosa casi averiguada que fue Gabriel Téllez, fraile de La Merced, más conocido con el seudónimo de *Tirso de Molina*, quien explotó por primera vez el gran fondo moral contenido en los rumores que andaban por la ciudad, acerca de un antiguo caballero de Calatrava, residente en Sevilla. Llevó a cabo su empresa en un drama titulado *El Burlador de Sevilla*, en el cual aparece por primera vez Don Juan Tenorio con el carácter indicado en el nombre mismo de la pieza. Poco tiempo después apareció una multitud de dramas y óperas que se ocuparon en narrar, de mil maneras diferentes, la osadía y la seductora maldad

de Don Juan; cómo éste robó a doña Ana del convento y mató al comendador, padre de la muchacha; cómo insultó, luégo, a la estatua de su víctima, y, por último, de qué manera, en medio de un festín que daba en su casa, fue arrebatado a las regiones infernales.

Por los tiempos en que Fray Gabriel Téllez daba a la estampa su *Burlador*, vivía en Sevilla un don Miguel Manara Vicentelo de Leca, hidalgo auténtico cuya fama y hechos habrían sido buena parte a que más de un Tenorio ficticio temblase por sus laureles. Todos los dramaturgos, novelistas y autores de libretos estaban demasiado preocupados con Don Juan, para que ninguno de ellos dejase escapar la ocasión de hallar un par de hombros, realmente existentes, en qué colocar la capa del legendario libertino. De esta manera, bien pronto, a las verdaderas hazañas y aventuras de don Miguel, añadieron los poetas sus propias invenciones. Se llegó a decir que, al igual de Tenorio, había amado y abandonado a una de las hijas de Mendoza. En suma, se afirmaron de este caballero todas las fechorías imaginables, y, si no llegó a sentar a su mesa un convidado de piedra, arrullado por la música de Mozart, lo cierto es que su vida no carece de maravillosas aventuras tan dramáticas como verdaderas.

A medida que estudiamos con mayor cuidado los rasgos del legendario Don Juan, nos convencemos más y más de que no fue él un pecador vulgar; de que no es la parte animal del hombre, sino un desasosiego mental lo que esta figura representa. Huysman lo llamaría *Des Esseintes*, pero en su ansia de sensaciones, Don Juan permaneció clásico y observaba las reglas del juego. Era un latino verdadero, y le habría hecho poca gracia cruzar su espada con la de Fausto o con las de los italianizantes de la corte de los Tudores y de los Estuardos. Afecta Shaw cierta originalidad al mostrarnos esa presunción de poder alcanzarlo todo, que tenía su Don Juan, aun en medio de los horrores legendarios de los réprobos; pero la verdad es

que la presumida confianza en sus fuerzas ya estaba dentro del marco del retrato desde el tiempo de *El Burlador*.

Dicha cualidad, tal como aparece en John Tanner, existió en el verdadero Don Juan de Sevilla. Tanto en su calidad de caballero, como en su carácter de español, estaba don Miguel encerrado dentro de ciertos límites: había jugado la partida hasta el fin, cuando notó que lo único que le quedaba sin intentar, era llegar al cielo. La potencia conquistadora le acompañó en su nueva vida; porque, habiendo aspirado a mucho, como Alejandro, fue un descubridor como Colón, y conservó su originalidad en las nuevas regiones de abnegación y sacrificio de sí propio.

Dos versiones se dan para explicar tan súbito cambio de su vida. Dice la una que, hallándose Don Juan de viaje para Sevilla, a donde corría a atacar unos aduaneros que le habían detenido ciertas cargas de jamón, "el Señor le abrió los ojos" y le hizo reconocer la enormidad de sus pecados. La otra, que ha sido el asunto de un cuadro histórico conservado en las galerías de Madrid, relata cómo una noche se encontró Don Miguel con una procesión fúnebre, compuesta de monjes y de individuos con antorchas, que se encaminaban a la iglesia parroquial. Grande fue su sorpresa al acercarse y ver que entre el cortejo había muchos de sus alegres compañeros, y que los que seguían inmediatamente al catafalco eran todos miembros de su familia. Uno de ellos quitó el velo que iba sobre el ataúd y dejó descubierto ante los ojos de Don Miguel un cadáver que él reconoció como su propio cuerpo. A la mañana siguiente el caballero apareció tendido, sin conocimiento, frente a la puerta de la iglesia.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que el experimento aquél era más propio para vigorizar el espíritu que para robustecer la carne; resolvió allí y en aquel momento, mudar de vida y dedicarse prácticamente al estudio de la virtud. Desde 1578 se había establecido en Sevilla una Santa Hermandad de la Caridad, muy semejante, en carácter y ten-

dencias, a la Institución de la Misericordia de Florencia. El convertido Don Juan consagró todos sus recursos y energías a coadyuvar a las obras de caridad y celo de esta benéfica hermandad, y en 1661 levantó, para ella, el hermoso edificio conocido hoy en Sevilla con el nombre de Hospital de la Caridad. Una inmensa multitud de extranjeros acude todos los días al hospital, atraviesa sus grandes patios hasta llegar a la elegante capilla, tapizada con sedas y damascos y enriquecida con los cuadros pintados expofeso por Murillo, también Hermano de la Caridad y protegido del fundador. Se detienen un momento los visitantes ante el famoso Retablo de Roldán y el cuadro de Valdés Leal, que representa a un obispo en el acto de caerse muerto sobre un montón de riquezas. Luégo salen, casi siempre sin saber que acaban de visitar la casa de Don Juan y el primer instituto que se conoció en Europa para refugio nocturno de los desgraciados que no tienen cama ni abrigo.

En cambio, a la caída de la tarde, otros huéspedes muy distintos llaman a las puertas de Don Juan. Son éstos los mejor acogidos; son los desgraciados que no tienen hogar; son los vagabundos de España, de Francia, del mundo entero. Llenos de polvo, cansados y medio cubiertos de harapos, penetran a la casa como a un mágico palacio de reposo. Si son muchos, no debemos achacarlo a que España tenga el monopolio de los pordioseros del mundo, sino a que en ese país no se ha tenido cuidado de encerrar todos esos infortunados en casas de trabajo para impedirles que llenen las calles de las ciudades. Ya no se ven hoy ni el mendigo ataviado a la antigua, ni el típico santero o bulero con sus imágenes de santos o bulas pontificias, ni tampoco se oye la sonaja de las conchas de algún real o imaginario peregrino a Compostela; pero en cambio, los puestos que han dejado estos tipos históricos han sido ocupados, ya por los labradores que se quedan sin trabajo después de las cosechas, ya por los habitantes de las provincias productoras de vinos, reducidos a la miseria por la

escasez de las vendimias, o ya por vagabundos de otras naciones, que encuentran en España un refugio y cierta consideración por sus necesidades, consideración que no existe en ninguna otra parte. Entre estos tunantes (1) se encuentran, a veces, hombres que, en el extranjero, han ocupado alta posición social, pero que, arruinados, se han visto obligados a buscar un país donde no se humilla con insultos al necesitado, y donde llegan hasta obtener ciertos privilegios referentes a su habitación y manutención, así como al transporte de sus cosas y personas. Se esfuerza el gobierno español por desembarazar el país de esos extranjeros, pero ellos vuelven a pasar las fronteras; además, como se hallan en continuos viajes de una provincia a otra, parecen más numerosos de lo que realmente son.

Pudieran creer algunos burócratas de la caridad que es esta una hospitalidad al estilo de la que recibía Don Quijote. No hay tal: todos esos vagabundos son atendidos en el Hospital de la Caridad por damas y caballeros distinguidísimos, quienes se precian de servir a los asilados con sus propias manos. Flores, estatuas, fuentes, alegran la casa por todas partes; nada hay que haga recordar la benevolencia profesional, digámoslo así, de nuestros hospicios y asilos; no se sienten, en lo más mínimo, esos olores de antisépticos que denuncian la presencia de las enfermedades. En toda sociedad hay grados: aquí, los que mayores consideraciones alcanzan, por parte de las personas más nobles, son aquellos que más horror inspiran por su miseria. Se ha llegado a afirmar que las heridas de tal o cual desgraciado han sido besadas por labios nobilísimos, por labios tan delicados que, de haberse encontrado con el herido en algún camino solitario, habrían palidecido de terror. Aún más, si alguno de los refugiados llega a morir bajo el techo edificado por Don Miguel, tiene derecho, se-

(1) Tómese la palabra *tunante* como participio activo de *tunar*, andar ocioso, vagabundo.—(N. DEL T.)

gún éste lo dispuso, a participar de los honores fúnebres acordados a los 80 huéspedes permanentes del Hospital, cada uno de los cuales, si llega a cumplir los cien años de edad, como ha sucedido frecuentemente, puede sentarse tranquilamente a ordenar la pompa de sus exequias; su ataúd será llevado, por la ciudad, en hombros de cuatro hildalgos, y acompañado de una larga procesión de hachas encendidas y del doblar de las campanas.

Hay una circunstancia que basta para dar idea del buen humor de los huéspedes de Don Juan. Cuando ya han comido y el capellán ha dado fin a las oraciones de la tarde, se les encierra con llave, quedando, así, seguros dentro de la espaciosa morada. Entonces los cigarrillos y las historias comienzan al rededor del brasero, para durar horas enteras. Secretos de cortes reales, naufragios fantásticos, crímenes de los harenes africanos, pillerías y ambiciones de los que pasan la vida *corriendo la tuna* (1), todo se sucede interminablemente al amor de la lumbre. Hay allí toda una literatura picaresca, lo mismo que la había en los tiempos en que Murillo asistía a estas reuniones para sacar de ellas esos admirables tipos de mendigos que tanto le gusta pintar. Nadie pregunta allí nombres propios, ni nada, cada cual cuenta su historia según le acomoda, y se retira en paz a esperar el nuevo día.

Una advertencia, noble o plebeyo lector: si algún día, guiado, ya por un instinto peripatético, ya por Thomas Cook and Son, se te ocurre visitar este Hospicio de las orillas del Guadalquivir, por ningún motivo vayas a pretender curiosar—a lo menos mientras pueda verte la obesa portera,—bajo la alfombra, en el rincón de la capilla donde están grabadas, en el suelo, estas palabras:

AQUÍ YACEN EL POLVO Y LOS HUESOS DEL HOMBRE MÁS MALVADO
DEL MUNDO

(1) *Pasar la vida corriendo la tuna*, pasarla ociosamente, vagabundear, *tunar*. V. Diccionario de la Academia.—(N. DEL T.)

Te expondrías, si te vieran hacerlo, a que la portera, con una mirada de fuego, te anonadase; se descubriría que lo que deseabas ver en aquella capilla no era, ciertamente, el arte de Murillo, Valdés Leal o Roldán, sino los últimos recuerdos de los escándalos del pasado. De todos modos, la portera acabaría por explicarte cómo el fundador del Hospital quiso que su tumba fuese colocada allí, cerca de la puerta, para que todos, al entrar, la hollasen con los pies. Así se hizo al principio, mas luégo, no habiendo podido sus sucesores soportar este exceso de humildad, fueron transportados sus restos a otra parte; en fe de esto se te mostrará, cerca del altar, una placa que lleva esta inscripción:

DON MIGUEL MANARA VICENVELO DE LECA,
CABALLERO PROFESO DE LA ORDEN MILITAR
DE CALATRAVA, HERMANO MAYOR DE LA CARIDAD,
LEVANTÓ ESTE EDIFICIO PARA REFUGIO Y
CONSUELO DE LOS INFELICES; RINDIÓ SU AIMA
A DIOS EL DÍA 9 DE MAYO DEL
AÑO 1679 DE NUESTRA SALVACIÓN, A
LOS 35 DE SU EDAD

Allí está la tumba de Don Juan Tenorio, si acaso hubo en el mundo un original de este carácter de notas tan variadas. ¡Cuán distantes se ven todas las ficciones de los poetas sobre este personaje cuando contemplamos su tumba! Los tañidos de las bandolas, los rostros femeninos en las rejas, los choques de las espadas, todo se desvanece al ver su retrato en la sala principal. Le vemos allí, pintado por Valdés Leal, flaco y con profunda expresión de tristeza. Mantiene abierto, delante de sí, sobre una mesa cubierta de negro, un libro no muy voluminoso. Quizá sea su *Discurso de la Verdad*, porque es preciso saber que, al convertirse y hacerse santo, se hizo Don Juan, también, autor. Parece que G. B. Shaw tuvo algún conocimiento de la existencia de esta obra, en la cual no hay nada más que

caridad y verdad. Si es cierto que Don Miguel tuvo en su vida esa temida *Belleza diabólica*, no lo es menos que el artista la desterró de su cuadro. En esas facciones delgadas y frías es imposible adivinar ni los vicios ni las virtudes del original. También hay en el cuadro una figura que representa un niño de coro, sentado, con un libro y llevándose un dedo a los labios, como para simbolizar el silencio y olvido que deben cubrir los primeros años de aquel a quien se espera ver algún día canonizado.

Hace ya doscientos años que dentro del silencioso claustro del Hospicio se abriga la esperanza de que su fundador llegará a ser venerado como santo, el día en que el mundo haya olvidado sus locuras y sólo tenga presentes los años que pasó en la penitencia y en el ejercicio de la caridad. Pero mientras tanto, todavía hoy, fuera de los muros blancos, jardines y avenidas del Hospital, y aun más allá de las orillas del Guadalquivir, se rememoran sus brindis y sus serenatas, en tanto que el mundo entero resuena con los ecos despertados por las notas de Mozart y por las rimas de Tirso, Molière, Byron, Musset y Gautier, que cantan al Don Juan, mimado por todas las edades... y por cuyos pecados no cesa de satisfacer la noble Cofradía de la Caridad.

1912.

THOMAS WALHS

~~~~~  
APUNTES

SOBRE LA FONÉTICA DEL IDIOMA HUAVE

*(Continuación)*

DEL ACENTO

Poco hay que decir de esta propiedad de las vocales si en sí misma se la estudia y considera.

Las palabras del huave tienen un solo acento y éste va en la última sílaba. Ejemplos:

*ipoché* = azotea;*chipip* = ablandar;